

la confesión de un Quijote que se ha hecho Sancho a pesar suyo. Es la humillación de un Amadís vencido sin saberlo. Es la alegría de la Caballería y de la Caballerosidad, ahogadas de burocracia y de leguleyismo; es el más doloroso llanto por el Héroe y la maldición al Mediocre que empieza a ascender en España. Es el más vivo cuadro de Historia. No es cierto que sea una sátira contra Carlos V y mucho menos contra Felipe II, que tan escaso quijotismo tenía en su gran inteligencia. Ni siquiera es una sátira contra España. Le dolía demasiado España en el corazón a Miguel de Cervantes para querer hacerla el escarnio de morir devuelta a la razón. El Ingenioso Hidalgo es la autobiografía de un soldado quijotesco —uno entre tantos

miles cruzados de la quimera— que se llamaba Miguel de Cervantes. Si de alguien se burla Cervantes es de sí mismo, de su manera de ser quijotesca y de su modo de pensar pancista. Autobiografía, disección implacable del alma propia. Nos imaginamos a Cervantes en la cárcel de Argamasilla ante el primer pliego, virginal todavía, riéndose de su donquijotismo, pero pensando ya la inmensa frase doliente del último capítulo: «No tengo de ver más a Dulcinea...» Es decir: al ensueño, a la gloria, a la divina locura del Héroe... ¡Ningún español, durante muchos siglos, «tendría de ver más a Dulcinea»!... Cervantes empieza a escribir la crónica de su desencanto... y escribe, sin saberlo, tres siglos largos de Historia de España.

